

Poderoso río Rojo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Mighty Red*
En cubierta: ilustración © Raúl Allén / Pencil Ilustradores
Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Louise Erdrich, 2026
All rights reserved

© De la traducción, Susana de la Higuera
© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-84-4
Depósito legal: M-21.674-2025
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Louise Erdrich

PODEROSO RÍO ROJO

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A todos los que aman a las aves
y defienden su lugar en la Tierra*

El río Rojo del norte es joven. Desde el cielo parece un trozo de cuerda dispuesto sobre una tabla plana que dibuja un intrincado garabato de retorcidos bucles. El río se une a los ríos Ottertail y Bois de Sioux y discurre hacia el norte en una ligera pendiente desde Wahpeton hasta Winnipeg. El río es fangoso, opaco por los sedimentos y tóxico por la escorrentía de los campos. No es un río para bañarse, pero sí para pescar, al menos en su nacimiento. El río es cambiante, un hilillo lánguido y soñoliento en verano, alborotado como un niño travieso en primavera, cuando se desborda inundando campos y refleja el cielo al igual que su madre: un vasto lago prehistórico. Durante milenios, las aguas dieron a la tierra del valle del río Rojo su negrura y su vida. El río es poco profundo, es insondable, allí me crié; lo es todo.

La conductora nocturna

2008

Crystal

Una templada noche de otoño, en el valle del río Rojo en Dakota del Norte, Crystal se puso al volante de un camión de volquete lateral International, salió de la fábrica azucarera y comenzó su recorrido. En el campo, las remolachas de los cultivos de los Geist se amontonaban formando una enorme pila en la zona de acopio de la empresa. Crystal enfiló la carretera, salió por la vía de acceso y cargó el volquete de la pila. Regresó a la fábrica y descargó. Repitió la operación tantas veces como era posible en un turno de doce horas.

En los turnos de noche, siempre llevaba un almuerzo concreto: dos sándwiches —de fiambre de pavo con pan integral—, zanahorias, chips de manzana, cacahuetes y dos galletas. Junto a la fiambarrera llevaba una bolsa de lona con compartimentos para herramientas. Los huecos de la bolsa siempre contenían las mismas cosas: móvil, herramienta multiusos, chicles Black Jack, pomada contra el dolor Icy Hot en *roll-on*, paracetamol y bálsamo labial. También tenía palitos de carne con jalapeños, su cepillo de dientes y la cartera. En el bolsillo, un gorro de la suerte tejido por su hija. Crystal también llevaba una cruz de madera de olivo que el padre Flirty le trajo de Tierra Santa. No es que fuera muy católica, pero, como otras personas partidarias del orden, era supersticiosa. Su turno empezaba a las seis de la tarde y terminaba a las seis de la mañana. Cuando se marchaba a trabajar, su hija ya estaba haciendo los deberes, a no ser que estuviera trabajando de camarera. Crystal volvía a casa a tiempo para saludarla antes de que se fuera a clase.

A las once de la noche, Crystal se comió su primer palito de carne con jalapeños y se aplicó un poco de pomada Icy Hot.

Salió de la fábrica de vuelta a los campos, con las luces largas atravesando extraños bancos de niebla que iban surgiendo y desapareciendo, cuando de pronto una sombra brillante cruzó la carretera. Antes de que pudiera pisar el freno, la oscuridad engulló al animal. Era un puma, el primero que veía en su vida. La luz de los faros se reflejó en su pelaje y en la despiadada inclinación de su cabeza. Crystal apoyó el codo en la ventanilla y redujo la velocidad. Al pasar por el lugar donde había visto evaporarse al gran felino, sintió un leve cosquilleo en la mandíbula. Incluso en la cabina del pesado camión, algo la había alterado. Una pequeña desazón. Una profecía. Intentó apartarla. Kismet, su hija, y Martin, su marido, seguramente estarían rematando el día en casa. Quizá Kismet había hecho palomitas y Martin se estaría preparando una taza de la infusión especial que le gustaba tomar antes de irse a dormir. Estaban a salvo.

—Sintoniza tus pensamientos con una emisora mejor —murmuró.

Sus reflexiones se interrumpieron al girar por el camino de grava y dirigirse hacia las potentes luces halógenas que refulgían en el terreno de acopio.

En el trayecto de vuelta a la fábrica, Crystal llegó a pensar que la visión pudiera tener que ver con la abuela que la había criado, Happy Frechette. Happy llevaba *whisky* a Fargo para venderlo durante la Ley Seca. Hacía el trayecto a pie y desperdició una botella defendiéndose de un puma. ¡Una buena suma de dinero! Más de setenta años después, seguía lamentándose por ello. Cada vez que relataba su peripecia, esta se volvía más larga y accidentada. ¿Cruzarse con aquel puma podía ser la señal de que la abuela había muerto al fin? La avaricia y la crueldad habían mantenido viva a Happy, pero nadie vive eternamente. Aunque sí había alguien...

Crystal se ensimismó en sus pensamientos y accionó el montacargas de la fábrica de remolacha. Se caló el gorro que Kismet le había tejido con brillantes hilos dorados; parecía el casco de una guerrera. Un par de hombres se burlaron de

Crystal, pero ella les contestó fingiendo que estaban celosos. Todavía seguía estremecida por el puma, pero no dijo nada al respecto. El gran felino había aparecido solo para ella. El montacargas se elevó hasta que el interruptor de mercurio abrió la compuerta lateral y volcó treinta y dos toneladas de remolacha.

Cuando Crystal volvió a la carretera, sonaba en la radio el programa con llamadas de oyentes que tanto le gustaba.

Esa noche, el tema eran los ángeles. ¿Están ahí fuera? ¿Nos están escuchando? La respuesta es sí. Al Ringer, el presentador, hablaba con una experta. Hablaban sobre las Criaturas de Santidad, el Príncipe de las Caras, el Tetragrámaton y la Orden de los Querubines. La experta en ángeles anunció que lo analizaría todo en detalle. Si observabas los cielos, podías pedir ayuda al Ángel Presidente, encargado de dirigir el movimiento de las estrellas esa noche. Por ejemplo, la constelación de Libra, que se podía ver ahora, estaba regida por Zuriel. ¿Merecía la pena dirigirse a Zuriel? Probablemente. Aunque Zuriel estaba por encima de la palabra, Zuriel se comunicaba con el Señor de las Huestes mediante signos. Decía lo que se necesitaba, lo que se requería, en la Tierra. Podría decirse que las peticiones silenciosas de Zuriel llamaban más la atención porque llevaba anillos especiales que destellaban y brillaban.

Un oyente, de nombre Boris, llamó al programa. Boris había recibido la visita de un ángel cuando era niño. El ángel lo había despertado llamándolo suavemente desde los pies de su cama. Tras levantarse, el ángel lo llevó afuera dando un premeditado portazo con la intención de despertar a sus padres. Estos se asomaron a la ventana y vieron a su hijo en el jardín. Salieron corriendo sin perder un segundo. Entonces el ángel ordenó a Boris que huyera lo más rápido posible. Los padres persiguieron a Boris. Ya habían recorrido casi toda la manzana cuando la casa saltó por los aires detrás de ellos.

—El ángel nos salvó la vida —vino a concluir el oyente.

—Esa es la misión de los ángeles —respondió la experta sin inmutarse.

—¿Qué aspecto tenía el ángel? —preguntó Al.
—El de una foca.
—Una foca.
—A ver, era una cosa brillante y dorada, pero sí, una foca.
—En la antigüedad, las focas eran tenidas por peces —puntualizó la experta.

—¿Estás diciendo que la foca, o el ángel, te condujo escaleras abajo hasta el jardín? —insistió Al—. ¿Cómo ocurrió? Físicamente.

—Una mano surgió del extremo de la aleta y la foca-barra-ángel estaba como flotando. Todo parecía normal.

—Pueden tomar formas muy diversas. Yo soy la primera en reconocer que no tengo un especial...

Al interrumpió a la experta.

—Un momento, tenemos otra llamada.

La siguiente llamada era de un oyente que era, o al menos se consideraba, un ángel.

—¿Por qué? —preguntó Al.

—Soy el elegido. Así de simple.

—¿Qué opina de esto nuestra experta?

—Intentaré ser amable, pero los ángeles no son seres terrenales.

—Ni yo tampoco.

—Existen fuera del tiempo.

—Yo también.

—Los ángeles ven el mundo desde todas las dimensiones posibles.

—Yo también.

—Tienen encuentros directos con Dios.

—Evidentemente.

—Bueno —intervino Al—, parece que eres un ángel. Gracias. Siguiente llamada.

—Hola. Soy madre de un hijo. Vivimos en una granja. Cuando mi hijo era muy pequeño, trepó por un silo de cereales y cayó dentro. Cualquiera otro habría muerto asfixiado por

los cereales, pero él no. No se hundió. Contó que algo lo había levantado desde abajo. Más tarde, en el zoo, trepó a lo alto de una valla metálica y bajó por el otro lado. Era la valla del foso de los tigres. Un tigre se acurrucó a su alrededor y no le hizo nada. Mi hijo se ha librado por los pelos de muchas situaciones muy peligrosas. La primavera pasada, salió a la nieve con sus amigos después de una fiesta. Iban a toda velocidad en sus motos de nieve. Y sucedieron cosas. Pero él salió más o menos bien parado. Mi pregunta es la siguiente: primero, ¿tiene un ángel de la guarda?; y segundo, ¿cómo dar las gracias a un ángel en concreto? Ah, y tercero, ¿cómo podemos evitar que ocurran estas cosas?

Crystal subió el volumen, se inclinó hacia delante y miró la carretera vacía mientras conducía.

—Lo que quieres entonces es saber qué está pasando, ¿no? —dijo Al.

—Sí, sí, eso es —respondió la oyente.

La experta intervino, emocionada:

—Por supuesto que sí, ¡tu hijo tiene un ángel de la guarda! Y por la gravedad de estos incidentes, yo diría que su ángel de la guarda está muy bien posicionado, quizás a la derecha de Dios. Estos casos son la prueba de que...

La experta siguió hablando durante un buen rato, pero para entonces Crystal ya había dejado de escuchar. Conocía a la persona que llamaba. La voz pertenecía a Winnie Geist, miembro de su club de lectura, a cuyas tierras familiares y pilas de remolacha acababa de llegar entrando por una vía de acceso. Crystal podía incluso mirar a través de los campos perfectamente llanos, que relucían bajo la luna como tranquilos y oscuros océanos, y divisar la luz que titilaba en una ventana del segundo piso de la casa de Winnie. Todo el mundo conocía la historia del tigre y lo que había sucedido después de la fiesta que Winnie había mencionado en la radio. Pero Crystal desconocía el asunto del silo de cereales y de los otros sucesos donde se había salvado de milagro. Al Ringer prosiguió con

el programa. Crystal apagó la radio y condujo un rato en silencio, con las luces taladrando suavemente luminosos agujeros en la oscuridad. Nunca le había caído bien ese muchacho. Gary. Pero la gente afirmaba, como suele hacer la gente, que debía de tener un ángel de la guarda. Gary estaba en la misma clase de instituto que su hija. De hecho, habían salido un par de veces, en contra del parecer de Crystal. No podía olvidar que Gary formaba parte de un grupo de chicos que acosaba a Kismet en su época de gótica inocente y trabajadora. Crystal no terminaba de fiarse de él y, desde luego, no se fiaba de su madre. A Winnie Geist le gustaban los finales trágicos, incluso la historia difícil,¹ y fingía que entendía lo que ella llamaba la física de la agricultura.

Crystal le puso Kismet a su hija para atraer a la suerte y darle ligereza de corazón. Pero el destino también tuvo algo que ver. Y el puma parecía ser una sombra hambrienta. O tal vez —tocó la cruz de madera de olivo que colgaba de su cuello y recordó la luz reflejada en su pelaje—, tal vez lo que había visto era un ángel exterminador. Pensó en aquel otro gran felino que se había negado a comerse a Gary y volvió a acariciar la cruz de madera. Crystal no sabía si había algo serio entre Kismet y Gary, pero sí sabía que los ángeles de la guarda solo protegen a su persona especial. Acercarse a alguien con un ángel tan poderoso como el que tenía Gary era buscarse problemas.

¹ *Hard History*: la historia más difícil y controvertida, que abarca el estudio de la esclavitud, el genocidio contra los indios, el racismo, etc. (*Todas las notas son de la traductora*).